

# Comentarios

## Tiempo de cumbres: San Salvador, Guadalajara, Londres

La tercera semana de julio fue escenario de dos acontecimientos de especial interés para el proceso de integración latinoamericana y centroamericana y, más particularmente, para el proceso de pacificación en El Salvador. En el curso de apenas cinco días, entre el 15 y el 19 de julio, tuvieron lugar dos reuniones presidenciales regionales: la décima cumbre de mandatarios centroamericanos, realizada en San Salvador, entre el 15 y 17 de julio, y la primera cumbre de jefes de Estado de Iberoamérica, realizada en Guadalajara, México, entre el 18 y 19 de julio. A su vez, ambas reuniones tuvieron como transfondo internacional la cumbre que el "Grupo de los siete" países presuntamente más industrializados del planeta (Japón, Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia) realizó en Londres, a la cual asistió como invitado especial el presidente Mijail Gorbachov.

Obviamente, no sería objetivo colocar la importancia de la cumbre de San Salvador al mismo nivel que la de Guadalajara, como tampoco lo sería parangonar los alcances de ésta con los de la cita de Londres. Cada una de ellas se desarrolló en planos distintos y a escalas diferentes. No obstante, en un mundo cada vez más interdependiente e incluso cada vez más unipolarizado —como parece evidenciarlo el desplazamiento de la Unión Soviética y de los países del este de Europa, amén de la propia América Latina, hacia la economía de mercado y la democracia representativa— es

imposible deslindar los efectos de las tres cumbres.

En las tres, como no podía menos de ser, la cuestión económica fue un tema obligado de agenda, a la escala correspondiente a los recursos y poderío económico de cada mesa de interlocutores. En las tres, asimismo, los resultados en dicha materia fueron bastante magros, también a su correspondiente escala.

En el caso de la cumbre centroamericana, a la cual se incorporó de pleno derecho Panamá, los frutos económicos habrían sido nulos de no haber mediado algunos ofrecimientos concretos del presidente venezolano, Carlos Andrés Pérez, quien firmó tres convenios de cooperación con sus homólogos centroamericanos. El más importante de dichos convenios consiste en un acuerdo de trato comercial preferencial para los países de Centroamérica, similar al convenio que el gobierno venezolano propuso recientemente a la comunidad comercial caribeña (CARICOM). En virtud del segundo convenio, Venezuela ha quedado constituida en el tercer socio extrarregional del Banco Centroamericano de Integración Económica (después de México y Taiwán), con un aporte inicial de 120 millones de dólares. El tercer convenio se refiere a la construcción de un edificio común que albergue a todas las embajadas de Centroamérica en Caracas.

En el mismo ámbito de interés económico, los

medios de comunicación destacaron la presencia en San Salvador del presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), Enrique Iglesias, quien mantuvo una nutrida agenda de reuniones bilaterales y conjuntas con los mandatarios del istmo y con sus respectivos ministros de economía y de agricultura. Entre otros ofrecimientos, Iglesias manifestó que el BID dispone de una cartera de 3 mil millones de dólares para diferentes programas de desarrollo en Centroamérica para los próximos cuatro años. Empero, no hubo ningún acuerdo operativo para empezar a hacer uso de esos fondos.

En realidad, el centro de gravedad del encuentro de San Salvador no estuvo en el componente económico, sino en el político, terreno en el cual los mandatarios centroamericanos mostraron una solidaridad verdaderamente conmovedora con el gobierno de Cristiani, a la par que despotricaron contra el FMLN con bríos aún mayores que en la cumbre anterior de Puntarenas, Costa Rica, realizada en diciembre de 1990.

La reunión de San Salvador había suscitado varias expectativas en términos de su posible influjo sobre el proceso de negociación entre el gobierno de Cristiani y el FMLN. Esas expectativas eran bastante contrapuestas. Cristiani esperaba de sus homólogos centroamericanos —como a la postre ocurrió— un ultimátum dirigido al FMLN para que depusiera las armas y se incorporara al “proceso democrático” de una buena vez. El FMLN —cándido— no había perdido la esperanza de que los presidentes del área pudieran ayudar a resolver el *impasse* en que se debatía la negociación. “Esperamos de la cumbre centroamericana una resolución que abone este proceso negociador”, había expresado algunos días antes Leonel González, miembro de la comandancia general guerrillera. En la misma línea se había pronunciado Joaquín Villalobos, en Tegucigalpa, el 2 de julio. Inclusive, como un “gesto de voluntad política” para favorecer el desarrollo de la cumbre, el FMLN había decretado la suspensión de sus acciones militares, entre el 15 y el 17 de julio.

En los días precedentes, una delegación guerrillera, encabezada por el propio Villalobos, había desarrollado una rápida gira diplomática por la re-

gión. A principios de julio, la delegación fue recibida por el presidente hondureño, Rafael Callejas. Posteriormente, sus miembros se entrevistaron en el Palacio de Nariño, en Bogotá, con el presidente César Gaviria. En cambio, el presidente de Costa Rica, Rafael Calderón Fournier, y su canciller Bernd Niehaus, les negaron audiencia, aduciendo que la habían solicitado apenas veinticuatro horas antes, cuando ya la agenda del mandatario estaba saturada. Fuentes ligadas al FMLN, en cambio, indicaron que habían gestionado la entrevista por lo menos con una semana de antelación.

De nada valieron al FMLN todos esos gestos. De habérselo propuesto, la declaración final de San Salvador, suscrita el 17 de julio, apenas hubiera podido satisfacer de modo más pleno las expectativas del gobierno salvadoreño que como efectivamente lo hizo. En ella, los presidentes centroamericanos expresaron “nuevamente su reconocimiento y decidido apoyo al gobierno de El Salvador y a su presidente Alfredo Cristiani, por los esfuerzos y medidas adoptadas para el fortalecimiento del proceso de democratización de dicho país, evidenciado por la existencia de un amplio diálogo político, las elecciones de marzo recién pasado, la integración de una Asamblea Legislativa ampliada y totalmente pluralista, y por el inicio del proceso de reforma constitucional orientado, principalmente, a reafirmar la supremacía del poder legítimamente constituido”; y reiteraron “nuevamente la condena a los actos de violencia y terrorismo por considerar que no tienen justificación alguna y, estando plenamente enterados del desarrollo del proceso de diálogo-negociación y firmemente convencidos de que existen las condiciones necesarias para ello, demandan, para el bien de Centroamérica y bajo la verificación de la Organización de las Naciones Unidas, el desarme y movilización del FMLN, a fin de que se incorpore, dentro de un marco de plena legalidad a la vida civil, institucional y política de El Salvador”.

Volvió a ocurrir lo de Puntarenas. Los presidentes del área reincidieron en una declaración ideologizada, claramente parcial a favor del gobierno salvadoreño. Soslayaron campantemente las violaciones a los derechos humanos perpetr-



das por la Fuerza Armada, la represión contra la oposición política, los obstáculos puestos a la movilización popular, el desastre del sistema judicial —ejemplificado en el estancamiento del caso de la UCA— y el deterioro de las condiciones de vida de las mayorías populares, y además, atentaron contra los acuerdos básicos del proceso de negociación convenidos en las reuniones de Ginebra y Caracas, al exigir virtualmente la rendición incondicional del FMLN al margen de cualquier acuerdo político previo. Con toda justeza, el FMLN calificó la declaración como “parcial, irrealista y errada”, que no responde a la realidad interna del conflicto salvadoreño, y que, en definitiva, lejos de contribuir a la pacificación del país, propicia “un envalentonamiento inútil” de las posiciones extremas adversas a la solución política del conflicto.

La verdad es que no podía esperarse otra cosa de un cónclave totalmente monocromático —neoliberal, para más señas— como el que tuvo lugar en San Salvador. Solamente la presencia a tiempo parcial de los presidentes Carlos Andrés Pérez y Patricio Aylwin, quienes asistieron como invitados de honor, aportó algunos chispazos de sensatez durante la cumbre.

La visita de Carlos Andrés Pérez, en particular, aparte de sus ofrecimientos en materia económica, estuvo cargada de declaraciones y gestos significativos. El primero de ellos, a poco de arribar al país, el 16 de julio, fue el homenaje que rindió, en el cementerio general de San Salvador, a los dirigentes del MNR, Guillermo Ungo y Héctor Oquell, sobre cuyas tumbas colocó sendas ofrendas florales, y de quienes encomió “sus valores, su constancia y apego irrenunciable a la democracia, en medio de las circunstancias espantosas que ha vivido esta fraterna tierra salvadoreña”.

Por otra parte, además de reunirse con los partidos políticos para urgirlos a aunar esfuerzos en favor de la solución política del conflicto, Carlos Andrés Pérez externó con total desenfado su entusiasmo por la paulatina desaparición del militarismo en América Latina, y expresó sin ambages, ante los oídos atónitos de los funcionarios de ARENA, que la presencia de Fidel Castro en la cumbre de Guadalajara —la cual se iniciaría al día

siguiente— “nos debe llevar a desear que el gobierno cubano y sus líderes encuentren el camino para la incorporación definitiva a su región natural y geográfica que es América Latina... creo que llegó la hora en que oigamos voces de acercamiento con Cuba”. Para quienes, dentro y fuera del gobierno salvadoreño, habían externado su preocupación por el “riesgo” de que las exigencias del protocolo obligaran a Cristiani a saludar a Fidel Castro en Guadalajara, las declaraciones del presidente venezolano cayeron como un balde de agua helada.

También el presidente Aylwin, aunque más comedido que su homólogo de Venezuela, manifestó su apoyo a los procesos de pacificación iniciados en el marco de Esquipulas dos, y particularmente, a “la negociación que actualmente se realiza para alcanzar una paz definitiva en El Salvador y Guatemala”. Asimismo, en su calidad de líder de la democracia cristiana latinoamericana, Aylwin visitó la tumba del ex presidente Duarte, sobre la



cual colocó una ofrenda floral, como también lo hizo sobre la de Ungo, dos de los dirigentes políticos que han inspirado los odios más enconados de la derecha salvadoreña.

El encuentro de San Salvador concluyó el 17 de julio. Ese día, los presidentes de Honduras, Nicaragua y Costa Rica regresaron rápidamente a sus respectivos países para desde ahí reemprender vuelo al día siguiente, rumbo a la cumbre iberoamericana. Cristiani y Endara partieron ese mismo día a Guadalajara, a bordo del *jet 707* de la fuerza aérea chilena, en que viajaba el presidente Aylwin. El presidente Carlos Andrés Pérez voló por su cuenta a Guadalajara. El presidente Serrano Elías se había marchado la noche del 16 de julio, pretextando asuntos de urgencia que debía atender en Guatemala. Todos volvieron a coincidir el 18 de julio en la capital de Jalisco, para dar inicio, junto a los jefes de Estado de trece países más, a la cumbre iberoamericana.

El clima político prevaleciente en Guadalajara fue, como correspondía a un foro más maduro y latinoamericanista, muy distinto del que animó el encuentro de San Salvador. El mediador de la ONU en el conflicto salvadoreño, Alvaro De Soto, había anticipado que "Guadalajara ofrece una excelente oportunidad para consultas al más alto nivel" y, concretamente, "para que el secretario general de la ONU proporcione información y de manera conjunta se evalúe la marcha del proceso para darle un nuevo impulso". El FMLN, por su parte, había insinuado la posibilidad de establecer "algunos contactos privados con jefes de Estado para darles mayor rigor e impulso a las negociaciones".

En efecto, la cumbre fue una oportunidad inapreciable para impulsar al más alto nivel el proceso de negociación en El Salvador. El secretario general de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar, invitado especial al evento, aprovechó la ocasión para conversar por separado con los comandantes Joaquín Villalobos y Shafick Handal, así como con el presidente Cristiani. Asimismo, se reunió con los mandatarios de su "Grupo de amigos" —Carlos Salinas de Gortari, Carlos Andrés Pérez, César Gaviria y Felipe González—, quienes le reiteraron su "firme apoyo y solidaridad" para sus gestiones

de mediación en el conflicto salvadoreño, aunque a la vez se manifestaron preocupados por el hecho de que aún no se hubiesen puesto en marcha los acuerdos logrados en las negociaciones entre el gobierno salvadoreño y el FMLN. El "Grupo de amigos", asimismo, instó a la actual asamblea legislativa salvadoreña a discutir y ratificar las reformas constitucionales, acordadas en la ronda de México el 27 de abril y aprobadas por la anterior asamblea, el 29 y 30 de abril, por ser las mismas un "punto crucial para avanzar hacia un cese de fuego" y consagrar "garantías esenciales de la democratización de la vida política salvadoreña".

En este clima, los presidentes centroamericanos ya no pudieron vituperar a su antojo al FMLN, como lo hicieron en San Salvador. El propio Cristiani, en su alocución ante los jefes de gobierno iberoamericanos, pronunciada el 18 de julio, se limitó a exhortarlos para que, en la declaración final del encuentro, diesen un respaldo al proceso de paz en El Salvador; no se atrevió a pedirles la deslegitimación formal del FMLN, tal vez al recordar la experiencia tenida en la cumbre de Tuxtla Gutiérrez, en enero pasado, en la cual exigió, sin éxito, la condena del FMLN —la presencia del presidente Salinas de Gortari en Tuxtla fue determinante para evitar tal despropósito.

A diferencia de la declaración de San Salvador, en la declaración de Guadalajara no hubo ninguna proposición que pudiera interpretarse como una condena unilateral del FMLN. Por el contrario, los jefes de gobierno de Iberoamérica acordaron "promover decididamente los procesos de negociación para la solución de conflictos regionales" y "respaldar en ese sentido los procesos de negociación en Centroamérica tendientes a establecer una paz justa, firme y duradera", para lo cual se comprometieron a "abstenernos de cualquier acción o medida que obstaculice la pronta solución de los conflictos y exhortamos en ese mismo sentido a todos los miembros de la comunidad internacional". Una tática alusión a Estados Unidos.

Este tratamiento ponderado de la crisis salvadoreña no fue sino una manifestación menor del espíritu conciliatorio que imbuyó la cumbre, del cual la mejor expresión fue la actitud que Ibero-



mérica asumió frente a Cuba, a despecho de lo que podría haberse anticipado a partir de las bravuconadas previas de los mandatarios centroamericanos, de las ligerezas de Menem o de los improperios de Mario Soares contra Fidel Castro. A final de cuentas, privó la sensatez y buen juicio de los mandatarios más civilizados, empezando por el anfitrión, Carlos Salinas de Gortari; y quienes habían alardeado de que increparían a Fidel Castro para que "democratizara" la isla, ni siquiera tuvieron valor para oponerse a la reincorporación de Cuba a la región al momento de instituir la "Conferencia iberoamericana de jefes de Estado", con lo cual Cuba tiene de nuevo un asiento permanente en un foro regional. Tampoco intentaron refutar al secretario general de la OEA, Joao Baena Soares, cuando éste se pronunció por la reintegración de Cuba a dicho organismo. Más aún, durante la cumbre, Colombia y Chile decidieron reestablecer sus relaciones consulares con La Habana, mientras que el rey Juan Carlos aceptó visitar la isla en fecha próxima, en el marco de la conmemoración del quinto centenario del descubrimiento de América.

Vistos estos resultados en su conjunto, es comprensible por qué tantos analistas de la cumbre iberoamericana han afirmado que el gran triunfador en Guadalajara fue Fidel Castro. También es comprensible el buen estado de ánimo con que el líder cubano entonó varias canciones al son de un mariachi durante el concierto de clausura de la cumbre. En efecto, ningún otro jefe de Estado de los ahí congregados logró la cobertura de los medios de comunicación y la atención pública de que gozó Fidel Castro. Nadie desplegó tampoco una actividad tan intensa, aun cuando fuese tras bambalinas, como lo hizo el comandante Castro, quien, entre otros contactos de alto nivel, sostuvo diversos encuentros privados, bi y trilaterales, con el presidente Salinas de Gortari y con Felipe González. Este último, pese a haber advertido seriamente al líder cubano sobre la necesidad de democratizar su régimen como condición para recibir el apoyo financiero internacional, reconoció el último día de reuniones que la presencia de Fidel Castro "no es incompatible con el proceso democrático en Cuba". Fidel Castro, a quien muchos soñaron colocado en la picota en Guadalajara, ter-

minó ubicado en el sitio de honor.

En lo que respecta a las resoluciones de la cumbre, ningún otro país iberoamericano puede beneficiarse tanto como Cuba del punto tercero de la declaración final de Guadalajara, en el cual "se reafirman los principios de soberanía y de no intervención y se reconoce el derecho de cada pueblo a construir libremente en la paz, la estabilidad y justicia, su sistema político y sus instituciones". Aunque, como es obvio, este tipo de declaraciones en el papel no garantiza que Cuba quede libre de cualquier acción intervencionista directa norteamericana, Estados Unidos tendría que sopesar con más cuidado una acción de esa índole, si quiere evitar entrar en contradicciones con países como México y Brasil, con quienes se encuentra empeñado en estrechar sus relaciones comerciales, o con España y Portugal, que ahora han pasado a ser miembros de la Comunidad Económica Europea y aliados suyos de la OTAN.

Desde luego, por otro lado, al firmar la declaración de Guadalajara, Fidel Castro ha asumido exigencias en materia de democratización y respeto de los derechos humanos, que muy probablemente no hubiese aceptado en otras circunstancias. No hay que desesperar de que este tipo de compromisos alienten las corrientes renovadoras que se desarrollan en el seno del Partido Comunista Cubano de cara a su próximo IV Congreso. Para fines de 1991, asimismo, están programadas las elecciones que habrán de renovar la Asamblea del Poder Popular, la instancia gubernamental cubana con mayor carácter de democracia representativa formal. Aunque los detractores de Fidel Castro desearían hacer de estos eventos ocasión para desestabilizar su régimen, el carisma de Castro no se ha debilitado al punto que ello pueda ocurrir fácilmente. A título anecdótico, vale recordar la sorpresa experimentada por el vicepresidente del Comité Olímpico de Estados Unidos, George Steinbrenner, cuando, en su reciente visita a Cuba con ocasión de los XI Juegos Panamericanos, pudo comprobar de primera mano la extrema popularidad de que Fidel aún goza entre su pueblo, pese a la severa crisis económica que sacude a la isla.

En gran medida, el espíritu conciliatorio que

predominó en Guadalajara, del cual, a la postre, se benefició no sólo Cuba, sino toda la comunidad iberoamericana, debe agradecerse al país anfitrión, y a la capacidad de convocatoria de su presidente. No es poco mérito de Salinas de Gortari haber logrado realizar la anhelada Anficiónía de Bolívar, que en el caso del Libertador nunca pasó de ser un sueño. A la vez, con la cumbre de Guadalajara, México ha cimentado un liderazgo de larga data en el hemisferio, forjado a base de una política exterior independiente —independiente, sobre todo, frente a Estados Unidos—, algunas de cuyas manifestaciones principales han sido la continuidad y franca cordialidad de sus relaciones con Cuba; el asilo generoso ofrecido a todos los exiliados que han sido víctimas del militarismo y de la intolerancia política en América Latina a lo largo del siglo; y, en tiempos más recientes, el apoyo solidario brindado al sandinismo así como el temprano reconocimiento político del FMLN mediante la declaración franco-mexicana de agosto de 1981. Incluso en los momentos actuales, en que la economía mexicana todavía no acaba de recuperarse de la crisis de la deuda externa, y en que el gabinete económico de Salinas de Gortari parece estar doblegando frente a Estados Unidos en las negociaciones del tratado de libre comercio, la experiencia mexicana todavía tiene mucho que aportar al resto de América Latina, tanto en lo concerniente al éxito relativo de su estrategia de ajuste económico como en lo que respecta a los peligros que asechan la integración comercial con Estados Unidos.

Como bien lo resaltó Fidel Castro en su alocución protocolar de siete minutos —la más breve en su brillante trayectoria discursante— el hecho de que todos los líderes de América Latina se reunieran sin haber sido convocados por Estados Unidos, constituía en sí mismo uno de los logros más significativos de la cumbre. No obstante, no es una hora adecuada para triunfalismos. Según cifras recientes difundidas por el Banco Mundial y por la CEPAL —no por Fidel Castro— el 44 por ciento de la población actual de América Latina no tiene acceso a alimentación, vivienda, salud o educación. Y según un reciente informe del Sistema Económico Latinoamericano (SELA), de los aproximadamente 450 millones de habitantes de

América Latina, más de 220 millones se encuentran en situación de pobreza, de los cuales casi el 50 por ciento sobrevive en la indigencia.

Frente a esta situación, los jefes de Estado iberoamericanos reunidos en Guadalajara se manifestaron “comprometidos en un proceso de profundo reajuste de nuestras economías con el objeto de lograr con eficiencia la recuperación y el crecimiento” a través de la “reforma del Estado y de la liberalización económica”. No obstante, ante la evidencia empírica de la extrema pobreza latinoamericana, subsiste la interrogante de si la “reforma del Estado” y la “liberalización económica” podrán sacar a América Latina del marasmo en el que se encuentra si previamente no se estructura un nuevo orden económico internacional. No hay que olvidar que ha sido precisamente ese orden económico internacional el marco en el cual América Latina vio crecer su deuda externa hasta sobrepasar los 430 mil millones de dólares entre 1982 y 1990, al tiempo que, en el mismo lapso, la región transfirió a los países industrializados recursos por más de 223,600 millones de dólares.

En este punto, resulta insoslayable la vinculación entre la problemática del desarrollo económico y social planteada en Guadalajara, y los temas principales de la agenda del Grupo de los siete (más Gorbachov), reunidos en Londres. Dicho sea de paso, es curioso cómo Gorbachov fue la figura señera en la cumbre de Londres, de modo similar a como Fidel Castro acaparó la atención en Guadalajara.

Tampoco en Londres, aunque por otros motivos, hubo lugar para triunfalismos. Si algo quedó claro en la reunión del Grupo de los siete, además de la ayuda que la Unión Soviética requiere de occidente para reactivar su economía, fue la propia crisis por la que atraviesa el sistema capitalista a nivel mundial, cuestión a la que, sin embargo, la prensa occidental prestó menos atención que a la presencia de Gorbachov en figura mendicante. El crecimiento tan sólo del uno por ciento, registrado por la economía mundial en 1990, y las proyecciones de un crecimiento cero para 1991 constituyen un par de indicadores, entre muchos, de la crisis aludida. Cabe destacar, en ese mismo marco, que el reciente escándalo del *Bank of Credit and*





*Commerce International* no es un caso aislado, sino la expresión más publicitada de los desórdenes y la corrupción que aquejan al sistema financiero capitalista.

En consonancia con esa situación, la cumbre de Londres ha constituido un anuncio de que también para las economías industrializadas ha llegado la hora del ajuste. No podía ser de otro modo, como lo sabe bien Estados Unidos, hoy por hoy el mayor deudor del mundo (pese a ser, a la vez, el mayor vendedor de armas al tercer mundo). Estados Unidos, simplemente, no puede seguir manteniendo un presupuesto militar anual de 300 mil millones de dólares, si es que desea tener la solvencia suficiente para enfrentar la creciente supremacía económica de los japoneses y de los alemanes reunificados, y competir con éxito en un mundo cada vez más alineado en grandes bloques económicos.

En relación a este punto, resalta nuevamente la importancia —más potencial que real, justo es re-

conocerlo— de foros como el de Guadalajara. Si, a partir de instancias como la conferencia de Iberoamérica, instituida en la cumbre, América Latina no es capaz de llevar la integración también al campo económico, estará en muy precarias condiciones para sobrevivir en medio de esa competencia de bloques comerciales. Algunas iniciativas se han emprendido en esa línea, como el proyecto del MERCOSUR, el cual podría cristalizar en 1994, pero en estos momentos, las economías latinoamericanas todavía distan mucho de lograr una cooperación económica efectiva a nivel continental. El reto no es nimio, sobre todo en las circunstancias actuales de euforia neoliberal que privan en casi todo el planeta, y que parecen imponer como única alternativa viable el esquema de desarrollo capitalista seguido hasta la fecha por el mundo industrializado.

Sobre este punto, la cumbre de Guadalajara manifestó su preocupación por el deterioro ecológico global que ha derivado de tal modelo de de-

sarrollo. Paradójicamente, el mundo capitalista "desarrollado" tiene bastante que aprender en esta materia de los países ex socialistas del este de Europa, tan denostados por occidente desde hace un par de años. A título ilustrativo, cabe citar un estudio ecológico difundido en días recientes por la organización *Worldwide Fund for Nature*, el cual ha revelado que en el este de Europa persisten paisajes que "hace tiempo desaparecieron en el occidente: grandes regiones pantanosas, cordilleras intactas, inmensos y frondosos bosques, jamás hollados por el hombre". De acuerdo a dicho estudio, mientras Europa occidental ha esquilado sus recursos naturales en aras de una industrialización desaforada, en Europa del este aún se encuentra multitud de especies animales y vegetales que viven a sus anchas en su habitat natural. Especies casi extintas en occidente, como el águila marina, la nutria, la cigüeña y el oso pardo, son muy numerosas en el este.

En esta perspectiva, no resulta sorprendente que, después de todo, Fidel Castro haya resultado ser un profeta al que sus homólogos de Iberoamérica no se hicieron totalmente de oídos sordos en Guadalajara. En una entrevista posterior a la cumbre, el líder cubano ha recordado, con la sabiduría de un patriarca veterotestamentario, que "hay cuatro mil millones de personas en el mundo en la pobreza, en el subdesarrollo, y ¿de dónde nació el subdesarrollo? Nació del capitalismo, del colonialismo, de la explotación y del saqueo de nuestros pueblos y esas causas están más presentes que nunca. ¿Quién puede decir que estos problemas están resueltos?... ¿Qué ha resuelto el capitalismo? No ha resuelto ningún problema. Ha saqueado al mundo, ha dejado toda esta pobreza, ha creado estilos de vida y modelos de consumo que son incompatibles con las realidades; ha envenenado las aguas, los mares, ríos, atmósfera, la tierra. Ha creado el despilfarro más increíble. Imagínate que cada chino tuviera un automóvil, o quisiera tener un automóvil, cada uno de los mil cien millones de chinos. O que cada uno de los alrededor de 800

millones que quisiera tener un automóvil y estilo de vida en Africa, hicieran lo mismo, y que casi 450 millones de latinoamericanos hicieran lo mismo. ¿Cuánto duraría el petróleo, cuánto durarían los recursos naturales, qué quedaría de la capa de ozono, qué quedaría del oxígeno sobre la tierra, qué pasaría con el dióxido de carbono y todos estos fenómenos que van a ir cambiando la ecología del mundo, cambiando la tierra, que están haciendo cada vez más difícil la vida en nuestro planeta? ¿Es que acaso el capitalismo ha dado algún modelo de vida, algún modelo de sociedad?"

Esta visión aparentemente apocalíptica del futuro cercano del planeta no es sino una anticipación realista de lo que ocurriría si los países del tercer mundo siguieran el modelo de desarrollo que ha posibilitado la industrialización del primer mundo. En estas circunstancias, se impone nuevamente la racionalidad de esa "civilización de la pobreza" por la que abogaba Ignacio Ellacuría, pero entendida no en el sentido de una cultura de la indigencia, sino como una "civilización del trabajo" y de la austeridad, esto es, como una alternativa contrapuesta a la "civilización del capital", que ha llevado a la humanidad al borde del holocausto ecológico.

Obviamente, constituye una absoluta *contradictio in terminis* pensar que el ideario de una "civilización del trabajo", entendida en tales términos, pueda surgir de foros en los que sólo se dé cita el primer mundo. Tampoco es realista esperar que surja de encuentros como el de Guadalajara, pero, en todo caso, es en eventos como éste donde la comunidad iberoamericana tiene más posibilidades de lograr una nueva identidad para hacer frente a los desafíos de la postmodernidad capitalista. En lo que toca a los mandatarios centroamericanos, la asistencia a eventos como el de Guadalajara siempre puede ser saludable para ayudarles a dilatar sus estrechos esquemas provincianos.

C. A.